

LA INTERVENCIÓN NORTEAMERICANA EN AFGANISTÁN, ¿UN CONFLICTO DE POSTGUERRA... O DE PREGUERRA?

Realizado por: Julio Pérez Serrano
Prof. Titular de Historia Contemporánea UCA.

En el 2050 algunos historiadores hablarán de la reciente intervención norteamericana en Afganistán situándola como "uno de los conflictos que caracterizaron el final de la Guerra Fría y el ocaso del predominio norteamericano en el mundo". En efecto, junto a la Guerra del Golfo (1991), las guerras balcánicas de la década de los 90 y el lacerante conflicto árabe-israelí, la intervención norteamericana en Afganistán (2001) será vista como una de las guerras derivadas del desorden mundial desencadenado por el hundimiento de la Unión Soviética y la desaparición del mundo bipolar. La caída del Muro de Berlín había clausurado casi media centuria de equilibrio inestable, siempre bajo la amenaza de la carrera armamentista, del "primer golpe", de la "destrucción mutua asegurada". Muchos creyeron incluso, en 1989, que el final de la Guerra Fría iba a traer también el final de los conflictos, la desaparición de las guerras y la integración de todas las naciones en una única comunidad internacional, regida por los principios de la paz, la democracia, la igualdad y el progreso. Parecía que los 14 puntos expuestos por el presidente norteamericano Wilson iban a tomar cuerpo después de siete largas décadas de casi absoluta inobservancia.

Sin embargo, otros historiadores de mediados del nuevo siglo quizá hagan hincapié en la función precursora de los conflictos e intervenciones antes mencionados, viendo en ellos "algo similar a las pruebas de fuerza realizadas por la Alemania nazi cuando inició su pugna por la hegemonía mundial". La localización estratégica de las dos zonas en que tienen lugar las acciones –los Balcanes, el llamado *bajo vientre de Europa*, y el Golfo Pérsico, nudo intercontinental que concentra las mayores reservas energéticas del planeta- deja al descubierto que, más allá de las justificaciones gubernamentales o mediáticas, se trata de conflictos que tienen una clara naturaleza geopolítica. Todos ellos cuentan, además, con un mismo protagonista, que se repite en las sucesivas intervenciones, sea cual sea el eventual enemigo o la potencial amenaza. Saddam Hussein, Slobodan Milosevic u Osama bin Laden representaron en su momento a pueblos y opciones que poco o nada tienen que ver entre sí, excepto, si cabe, su enfrentamiento coyuntural con los intereses de los Estados Unidos en regiones de importancia estratégica.

Tal vez estos historiadores, que bien pudieran ser los hijos de los que ahora ocupan nuestras aulas, encuentren fácil conectar estas crisis con el desencadenamiento de una gran guerra nuclear en las primeras décadas de nuestra centuria. Podrían explicar, por ejemplo -como se hacía en la segunda mitad del siglo XX respecto a la Primera Guerra Mundial-, el estallido de esta nueva guerra por las crisis balcánicas y las crisis coloniales (que ahora podríamos denominar, utilizando la terminología acuñada por Immanuel Wallerstein, *periféricas*).



Días después de los atentados la OTAN, manifiesto su apoyo total a una posible intervención en suelo Afgano.

Tendrían a mano los argumentos clásicos referido a la disputa por el control de territorios y recursos estratégicos, la necesidad de dar salida a los stocks generados por la industria bélica en una previa carrera de armamentos, la recesión económica de la potencia agresora, la presión de los sectores conservadores y militaristas sobre la política exterior, la influencia mediática en la exaltación del victimismo y el sentimiento patriótico, etc., etc. No en balde contarían con los exhaustivos análisis que respecto a las primeras dos guerras mundiales habían ya realizado historiadores tan conspicuos como P. Renouvin, J. Droz, M. Ferro, H. Michel, E. Hobsbawm o Ch. Zorbigbe, entre otros.

Podrían explicar estos jóvenes historiadores cómo el final de la Guerra Fría, contra lo que pudiera haber parecido en su momento, no favoreció en nada a la potencia que había liderado la "cruzada" contra el comunismo. Los Estados Unidos, paladín del Mundo Libre y sede del más poderoso complejo militar-industrial hasta entonces conocido, habrían resultado incapaces de adaptarse a las nuevas condiciones derivadas de la desaparición del bloque oriental.

En lo tecnológico, la potencia americana había centrado la mayor parte de sus esfuerzos en la investigación con fines militares, en la carrera espacial y en la industria pesada; en contraste con ello, los aliados europeos –en especial Francia y Alemania- se había visto descargados del peso de la defensa y habían desarrollado nuevas tecnologías aplicadas a los sectores productivos de carácter civil, fundamentalmente las comunicaciones y la automoción. Algo similar cabría decir de la región más oriental de Asia, donde Japón, Corea y los restantes "Siete Dragones" lograron el predominio en la electrónica, la robótica y otros sectores tecnológicos emergentes.

En cuanto a los sistemas de trabajo, Estados Unidos se vio constreñido por el hecho de no haber sabido desprenderse a tiempo de la lógica fordista, que basaba el crecimiento de las empresas en la explotación intensiva de la mano de obra y la movilidad laboral, mientras que en Europa y Japón fue imponiéndose un modelo de acumulación alternativo, el llamado *postfordismo*,



que asentaría la buena marcha de las empresas en la cooperación de los trabajadores y en el estímulo del consumo por medio del incremento de los salarios y la estabilidad en el empleo. Europa y Japón, sin dejar de ser potencias indiscutiblemente capitalistas, supieron llevar a sus últimas consecuencias la lógica keynesiana, asentando su crecimiento en el consumo, lo que les otorgó una superioridad estratégica frente a la Gran Área liderada por los Estados Unidos, donde la fuente de la riqueza continuó siendo el trabajo no pagado (plusvalía).

A la larga, podrán concluir los historiadores del 2050, pese a los esfuerzos de los centros económicos y financieros controlados por los Estados Unidos (FMI, BM...) por imponer la lógica neofordista al conjunto del planeta por medio del llamado *neoliberalismo*, estas políticas quedaron limitadas a la esfera de influencia norteamericana, lo que a la larga habría de significar la condena a muerte del modelo. La crisis argentina a finales de 2001 será vista quizá como la primera de una previsible cadena de quiebras en las economías periféricas del Imperio, que habían asumido como suyos los dogmas neoliberales en las últimas décadas de la pasada centuria.

Nadie será capaz, sin embargo, de explicar, aun pasados cincuenta años, lo que sucedió realmente en el verano del primer año del nuevo siglo. Ni los líderes de Al-Qaeda ni el gobierno talibán de Afganistán reconocieron nunca su implicación en los hechos, contraviniendo el más elemental principio de las acciones terroristas: la propaganda del hecho. Contrastan además estas negativas con la inmediata reivindicación que unos años antes el terrorismo islámico realizó de los atentados contra las embajadas norteamericanas en Kenia y Tanzania, acciones sin embargo mucho menos impactantes que el ataque al mismo corazón del Imperio.



Dos imágenes inusuales a la derecha la Quinta Avenida vacía a los pocos días de los atentados la incertidumbre, y el pueblo americano sobrecogido, no daban crédito a lo que estaba pasando. A la izquierda un policía con la máscara antigas cerca de wall Street.



La fecha del 11 de septiembre pasará, en todo caso, a engrosar la oscuras efemérides sacralizadas por el más rancio nacionalismo norteamericano. El día en que se desplomaron las Torres Gemelas será, junto al 15 de febrero (hundimiento del *Maine* en La Habana en 1898), el 7 de mayo (hundimiento del *Lusitania* por submarinos alemanes en 1915) y el 7 de diciembre (ataque japonés a Pearl Harbour en 1941), una de las fechas que ayudarán al pueblo norteamericano a recordar que no pueden bajar la guardia, que deben mantenerse en permanente estado alerta si desean conservar su liderazgo en la cada vez más compleja sociedad internacional. La intervención en Afganistán enseñará, asimismo, que como sucedió con las tres grandes afrentas anteriores, los Estados Unidos están en condiciones de responder a cualquier ataque con violencia y magnitud desmesuradas (*Justicia Infinita*). Como en 1898, 1915 y 1941, las acciones militares fuera de sus fronteras han quedado justificadas. La opinión pública, esencial para el buen funcionamiento de la democracia americana, las respalda e incluso las exige.

El presidente Bush, como antes McKinley, Wilson o Roosevelt, ha visto cómo el discurso patriótico ha elevado su popularidad hasta niveles insospechados.

En 1898 España era dibujada por los poderes mediáticos de los Estados Unidos como una atrasada y salvaje tiranía, que vivía de espaldas a la democracia y a la civilización. Su gobierno ilegítimo había llegado incluso a practicar el terrorismo, ordenando la voladura del acorazado *Maine*. La diplomacia norteamericana hizo su trabajo y, aislada internacionalmente, España, que siempre negó su implicación en el misterioso hundimiento del *Maine*, se dispuso a recibir un castigo ejemplar. "Remember the Maine!" fue la consigna que permitió a los Estados Unidos hacerse con el control de las islas de Cuba y Puerto Rico, cerrando el Golfo de México, y ampliar su presencia en el Pacífico con la isla de Guam y las Filipinas, las escalas finales necesarias para unir de forma segura San Francisco con Hong-Kong.

COLABORA CON NOSOTROS

ubisunt2000@yahoo.es

Sería prolijo referirse ahora, como seguramente con más tiempo podrán hacer los historiadores del 2050, a cómo este modelo fue empleado también con éxito en las dos primeras Guerras Mundiales: dos nuevas "guerras justas" contra malvados Imperios regidos por líderes fanáticos y gobiernos ilegítimos, en las que, sin embargo, los Estados Unidos obtuvieron tan importantes beneficios que Henri Luce se atrevió a denominar por ello al siglo XX como el "primer gran siglo americano". Si no resultara macabro, cabría decir que los Estados Unidos deben mucho, quizá demasiado, al terrorismo. Y no sólo al que practican dentro y fuera de sus fronteras, sino al que, ejercido contra ellos, los dota de legitimidad democrática, aúna los espíritus adormecidos de los hombres y mujeres del pueblo, fortalece el sentimiento patriótico, inculca el miedo y la sed de venganza, estimula el armamentismo y el militarismo y, en fin, los hace terribles para el resto de la Humanidad.

"Remember 11-S!" será el grito terrorífico que resuene todavía mucho tiempo de un extremo a otro del planeta. Como una nueva Cartago, Afganistán fue borrado de la faz de la Tierra. Sus crímenes sin duda fueron muchos, pero, como recordarán acertadamente los historiadores del 2050 en sus libros sobre la tercera preguerra, quizá dos sobresalen entre todos ellos: su localización estratégica y el aislamiento internacional de su régimen. No sabemos, quizá nunca sepamos, hasta qué punto y de qué forma estuvo vinculado

el gobierno talibán con los acontecimientos del 11-S, pero la recesión económica y el progresivo cuestionamiento del liderazgo norteamericano en el orden de la posguerra fría exigían una respuesta contundente e inmediata, una nueva guerra justa. Sin embargo, a diferencia de los tres conflictos anteriores, las acciones militares de los Estados Unidos en estos primeros años del siglo XXI son por primera vez los de una potencia en declive, cuya economía se manifiesta incapaz de responder al desafío de sus competidores si no es fomentando la industria de guerra y la carrera de armamentos. Pero este es un camino muy peligroso que otros ya recorrieron. Alemania intentó salir de la recesión económica y derrotar a sus competidores por la vía del militarismo; acabó aplastada y dividida en menos de diez años. Eso sí, casi 50 millones de personas perdieron la vida en la guerra más devastadora que hasta entonces había conocido la Humanidad.

En efecto, será imposible por muchas razones no recordar lo sucedido el 11-S, pero sería conveniente que los líderes norteamericanos no olvidaran tampoco la historia de Alemania, si no quieren correr el riesgo de verse condenados a representar el mismo y trágico papel: el de enemigos esenciales de la Humanidad. Sólo los historiadores del 2050, quizá vuestros hijos, podrán decirnos cuántos cientos de millones de muertos pudo provocar este olvido.

GASTRONOMÍA · RELIGIÓN · ARTE · ARQUITECTURA · CIENCIAS NATURALES · CIENCIAS · DEPORTES · DERECHO · ECONOMÍA · EDUCACIÓN · ENFERMERÍA · FILOSOFÍA · CIENCIAS OCULTAS · TAUMATURGIA · MÚSICA



QUORUM
LIBROS

Pregunte por nuestra...
QUORUM Cuenta

Su Librería en la Provincia

Pedidos superiores a 6.000 pts. sin gastos de envío

CiAncha nº27
telf: 956807026
Fax: 956807029
11001-CADIZ
quorum@interbook.net

INFANTILES · JUEGOS · PASATIEMPOS · CAZA · TECNOLOGÍA · ANTHROPOLOGÍA · CIENCIAS SOCIALES · NÁUTICA · PSICOLOGÍA · GANADERÍA · TEMAS GACITANOS · GEOGRAFÍA · HISTORIA · FLOLOGÍA · IDIOMAS · LITERATURA

ESPAÑOL · INFORMÁTICA · FOTOGRAFÍA · ONE · VIDEO · TEMAS MULTIMEDIA

